

Dr. LUIS FUENZALIDA BRAVO

Profesor Extraordinario de Clínica
Infantil de la Universidad de Chile
y Médico de la Casa de Huérfanos

PARA LAS MADRES

Con un Prólogo de Ginés de Alcántara
y un Intermedio Poético de Gabriela Mistral

1922



A quien leyere

A la sumisa dignación de quien se coge de mi mano para franquear la entrada de esta casa de papel, correspondo con la sinceridad de confesarle, sin temores ni encogimientos, que aquí le aguardan dos apariencias de originalidades: que no voy a comenzar con la puerilidad de declararme indigna de poner un prólogo a este libro; y que en este pórtico o zaguán se interrumpirá la costumbre, enfadosa por convencional, por antificiosa y por añeja, de que el prologuista halague, con un entusiasmo más o menos sentido y perseverante—según sean su espíritu de justicia, sus virtudes de condescendencia o sus facultades adulatorias—la vanidad del autor de la obra. Y vea el lector, cómo, habiendo sido este libro escrito para las madres, nada más natural que sea una de ellas quien reciba y se encuentre a su entrada; y considere que el médico-autor ha consagrado diez y ocho años de su vida a servir—en brillante carrera—hora tras hora y jornada tras jornada, los más altos intereses humanitarios, para comprender que llego a la determinación de suprimir esa falsa modestia en quien prologa, y para el autor del libro una inoficiosa alabanza, por otros

caminos que los del ansia de singularización o los muy concurridos de la atrábilis.

Siendo esta obra un verdadero tratado de materno-logía, por cierto que no revelará su interés ni tampoco descubrirá su esencia, sino a aquellas mujeres que hayan recibido del cielo ese dón inefable, pero de una irradiación tan poderosa, que se llama **espíritu maternal**, que no es, como suele pensarse, una vaga exaltación del sentimiento manifestada en halagos, besos, arrullos y caricias, sino un divino misterio del que guardan la clave algunas bellas almas de mujer, donde caben todas las ternuras, pero también todos los dolores, todos los sacrificios, todos los renunciamientos y todas las abnegaciones. Porque si es cierto que la cuna puede ser el símbolo de la máxima poesía, cierto es también que igualmente puede serlo de la máxima angustia humana.

Recuerda, si no, madre que me lees, esos atardeceres trágicamente solitarios cuando junto al lecho de tu hijo enfermo viste como empezaban a encenderse los primeros luminares del cielo. Tu imaginación, enardecida por el sufrimiento y por la duda, fingía aterradoros fantasmas con las sombras invasoras de tu cuarto, mientras tus ojos espían anhelantes el rostro empalidecido de un querubín, cuya respiración angustiosa parecía el jadear de un palomo herido.

¿A qué mal correspondería esa temperatura por las nubes y ese desenfrenado galopar del pulso? Pero como el espíritu, y sobre todo el de la mujer, necesita vivir de afirmaciones consoladoras, la llegada del médico representó para tu esperanza la vuelta a la salud de ese bebé gorjeador, en cuya caroflita rosada tanto goloseaban tus labios,

Si el médico era dado a la observación, percibiría que tus ojos imploraban sagacidad y misericordia. Y si tus movimientos hubieran correspondido a tus íntimos deseos, ese hombre, correcto y mesurado, que ocultaba bajo un barniz mundano su ¿natural? indiferencia ante uno de tantos “casos”, te hubiera visto a sus pies suplicándole para tu hijo, el interés científico que hubiera desplegado en el tratamiento de un enfermo en quien le hubieran ido la reputación o la fortuna...

Es tan complicada, tan absolutamente difícil, y debe estar, de preferencia, tan llena de intuiciones, de adivinación, de sagacidad, de agudo sentido moral y de ternura, la tarea del médico de niños, que no vacilo en clasificar a la Pediatría como la especialidad más arisca, desdeñosa y difícil de la Medicina.

Un médico de niños que no acierte a suplir con su intuición todo aquello que la exterioridad le oculte; que no posea esa misteriosa facultad adivinatoria que al ser ejercitada sobre el enfermo se la denomina sabiamente **ojo clínico**; un médico de niños, sin psicología—para decirlo de una vez—podrá ser un modelo de sentimentalidad y estar atiborrado de conocimientos, y guiarse con los ojos cerrados en la Patología y saberse de memoria la Terapéutica, que siempre será, y a pesar de todo, un médico incompleto. Pero, ¿por qué no confiesa también mi buena fe, que más difícil todavía que hallar un buen médico de niños, es—aunque parezca exageración y paradoja—encontrar una buena madre?

Guárdeme Dios del escepticismo—que a más de ofensivo sería injusto—respecto al corazón y a los sentimientos de nuestras mujeres. Pero una experiencia

trágica—la aterradora estadística de la mortalidad infantil—nos advierte, nos demuestra gráficamente, con esa pirámide, que pudiera creerse expiatoria, formada por miles y miles de pequeños cadáveres, que no somos ni tenemos derecho a creernos buenas madres mientras consintamos que nos arrebaten o estén continuamente asechando nuestros hijos, la ignorancia, la herencia envenenada, una detestable higiene, las epidemias,—azote colectivo—, la incuria y el egoísmo políticos, el alcoholismo, y tantas y tantas otras formas evitables, vergonzosas y repugnantes, de la maldad, del vicio, y de la miseria moral o fisiológica.

En un estilo que alcanza la mayor eficacia y sugestión por lo mismo que en él se reflejan todos los matices de la conversación amena, y ciñéndose, ex profeso,—en homenaje a la claridad y a la aplicación práctica—a una manera de escribir muy parecida a la manera de hablar, que siempre se aleja del tecnicismo científico pedante y empachoso, llega a las manos de las madres—y debe llegar a las de todas las madres, porque para todas se ha hecho—este libro interesantísimo, donde un médico de niños, por lo mismo que tiene gran fe en los destinos de la raza, trata, sin ironías, escepticismos ni displicencias, los problemas sociales palpitantes, señala puntos de vista llenos de interés y de originalidad; orienta a las madres hacia la previsión razonada; les dá—con piadosos y oportunos consejos—el convencimiento de que por su ignorancia o su imprevisión se hacen, inconscientemente, cómplices de las enfermedades y hasta de la muerte de sus hijos; prueba, a la madre culta y acomodada, que estará más cerca de la salud y de la perfección, no en cuanto se aparte y se distinga hondamente de las demás ma-

dres, sino en cuanto por un número mayor de madres sea comprendida y practicada esa labor de previsión y de cuidados inteligentes, que ella, la madre llena de refinamientos, prodiga a sus hijos; afronta, con conocimiento y valentía, el pavoroso problema de ciertas uniones inmorales e inverosímiles; demuestra que la herencia es la que origina, con precisión matemática, la muerte del niño; y pidiendo, muy justa y levantadamente, el acceso de la mujer a los Consejos de la Beneficencia Pública, y colocando a la madre-lectora en aptitud de entender y de secundar las indicaciones del médico, la convence, con una discreción muy sutilmente expresiva, de que tuvo razón el clínico glorioso que proclamó que “el destino es el antepasado”.

Bien quisiera yo, a pesar de mis anteriores propósitos, convertirme en fervorosa apologista de este libro llamado a producir tan honda huella espiritual en nuestras mujeres, y que no vacilo—a riesgo de que el primer sorprendido sea el autor—en calificar de obra de artista, ya que, fruto de su atenta y cuidadosa lectura, puede ser, para las madres, una vida noble, generosa y bella, que será, en toda circunstancia, la más apetecida y valiosa de las obras maestras.

Pero tengo que renunciar a enaltecerlo, porque sería desconsolador para mis sentimientos verter la esencia de mi fe, de mi confianza y de mi honda gratitud para el médico de mis hijos, en el vaso—que siempre me parecería indigno, quebradizo y miserable—de una innecesaria alabanza.

GINÉS DE ALCÁNTARA.



INTRODUCCION

Nuestra joven inicia el nuevo hogar sin conocimientos de higiene. Es madre sin nociones de puericultura. Son esos grandes vacíos los que pretende llenar este librito.

Nuestra joven dirige un hogar, sin pensar que es un pequeño departamento del gran edificio de la colectividad.

La falta de interés por el bienestar general, es otro gran vacío que también pretende llenar esta obra. La Patria es el hogar que nunca debe concluir, que siempre debe progresar; pues, su disolución, su retroceso o su desgracia, envuelve la destrucción, el malestar y la infelicidad de cada hogar.

La colectividad es la gran sembradora formada por la humanidad, que así como en la sembradora de cereales hay sitios de exuberancia vegetal, que se alternan con otros donde crece raquítica la planta, el rinde total lo dará la sembradora toda. Los grandes elementos destructores: temporal, fuego, lluvias torrenciales, y los pequeños elementos que envenenan: hongos, parásitos, si a la sembradora llegan, no seleccionan la fértil

planta de la raquítica, todas se tienden, se consumen, se enferman.

Nuestra mortalidad infantil, por su excesiva cantidad, encabeza la estadística de todos los países civilizados, sin que causas sobrenaturales intervengan; por el contrario, el país cuenta con condiciones muy especiales para que la vida sea mejor y más fácil.

El niño refleja en su organismo la salud de sus padres y es al que pertenece el porvenir del hogar. La natalidad en un país en cantidad proporcional a sus habitantes y la constitución orgánica de los niños refleja la potencia nacional y será el exponente que hará su progreso o decadencia.

En Chile nacen muchos niños, pero mueren en proporción tal, que, en ciertos años, hay equivalencia entre la total natalidad y la total defunción, superando a veces el número de defunciones.

Son muy complejos los factores de la llaga nacional "mortalidad infantil", son los mismos que mantienen la llaga "de la excesiva morbilidad y mortalidad general".

Los flajelos de esas llagas nacionales, devoran la prosperidad y felicidad de los hogares más prósperos y mejor constituídos, como los grandes y pequeños elementos destruyen la planta fértil que sobresale de las demás en un gran sembrado.

He aquí otro gran vacío que pretende llenar este librito.

Las causas de la excesiva mortalidad infantil en el país son muchas; pero conociéndolas, es fácil destruirlas.

La madre encontrará en esta obra una somera exposición de los factores del malestar social, y muy en

detalle, cómo se debe cuidar la maternidad, cómo se debe recibir al niño, cómo se le puede mantener en salud, cómo se le puede hacer benigna la enfermedad, cómo, para curarla, se debe secundar al médico.

La madre que ha saturado su espíritu con tales conocimientos, al mirar el cementerio que aglomera millares de párvulos salidos de los hogares del bajo pueblo, podrá formarse un concepto preciso de cuales son las causas que matan a tantos niños, porque conoce los agentes de las enfermedades y sabrá contribuir a remediarlas, pues conoce también los preceptos de la higiene que mantienen la salud y los preceptos esenciales para curar la enfermedad.

Pretende, pues, esta obrita hacer de la mujer, la madre de sus propios hijos, y a la vez, con las de su sexo, una misma madre de toda la colectividad, convencida que sólo así podrá su casa ser feliz y próspera.

No soy nadie como literato, ni como hombre de ciencia, soy un profesional que en su especialidad de clínica infantil, ha visto muchos niños enfermos, desde la Casa de Huérfanos, de donde soy médico, hasta muchos hogares selectos por la cultura y por el dinero.

Si esta obrita salva a un niño, si consigue que una madre se interese y actúe con concepto en la colectividad, mi esfuerzo será ampliamente recompensado.

Para las madres

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO I

Preparemos a nuestra juventud para que pueda constituir un hogar feliz y próspero

Nuestros hijos deben formar su hogar, porque el matrimonio es el estado que proporciona mayor felicidad a la mujer y al hombre, pues es la base de nuestra sociedad.

El matrimonio, como ceremonia, no envuelve la constitución del hogar mismo, porque si los cónyuges no están preparados para lo que él exige y necesita, no es hogar lo que van a constituir, es su propia desgracia la que van a labrar.

Para que el matrimonio pueda ser el soñado ideal de los jóvenes que unen su destino, y pueda reinar allí la armonía, la sinceridad y la prosperidad, es necesario

que los padres preparen a sus hijos y a sus hijas para que lleven en sí la semilla robusta, que, al germinar en su nuevo estado, pueda llegar a producir hermosos frutos para ellos mismos y que, a su vez, enriquezcan a la Patria.

Yo, que soy médico del niño y que he atendido a millares de estos pequeñitos, primeros frutos de jóvenes esposos, he podido apreciar que gran parte de la juventud de hoy, en ambos sexos, ha formado su hogar sin la menor preparación para mantenerlo y mucho menos para prosperarlo.

Profeso un cariño profundo a pequeños clientes que he cuidado desde hace dieciséis años y que, en pocos más, me llamarán, a su vez, para curar a sus hijos, y es ese amor el que me impulsa, por el bien de la Patria, y por la felicidad de tantos niños que casi he visto nacer, a escribir este libro, que, si no lleva literatura, si no lleva ciencia, está inspirado por los mejores sentimientos de mi alma.

Además de la falta de preparación de la juventud de ambos sexos para constituir un hogar feliz, observo que, día por día, la estadística de matrimonios es menor; hecho que envuelve mucha gravedad para el progreso del país.

En mi concepto, son los mismos factores los que impiden que los jóvenes sean aptos para contraer matrimonio y para que éstos sean escasos.

¿Cuáles son estos factores?

Aquellos que nacen de la actual idiosincrasia de los hábitos de la sociedad y de la instrucción que dá el Estado.

El comfort, los espectáculos, van a la vanguardia en el progreso gigantesco del mundo; las comunicaciones

de los hechos de la humanidad civilizada se realizan en minutos y los medios de transporte se han simplificado tanto, que de un extremo al otro del mundo podemos trasladarnos en unos cuantos días.

La sociedad, a causa de los frutos del progreso, ha dejado de ser local, para llegar a ser mundial. Y así como entre las familias de una localidad viene la ruina y la neurastenia cuando quieren competir en el lujo y en los paseos, porque no cuentan con los recursos materiales con que cuentan los que son adinerados, así también los países jóvenes que todavía no han adquirido una potencia económica, dada por muchos siglos de esfuerzo, caen en la bancarrota cuando quieren vivir como viven los ciudadanos de las viejas potencias.

Efectivamente, la sociedad chilena y pienso que la sudamericana, en virtud de la igualdad de la raza, pretende vivir como los europeos, en el comfort y en el lujo, y si en realidad, muchas familias pueden contar con el presupuesto necesario para una vida de derroches y placeres, la gran mayoría no puede hacerlo, y, por esa imposibilidad, los jóvenes no se casan, porque tanto ellos como sus prometidas, no se amoldan para llevar una vida fuera del ambiente de la sociedad que se divierte.

Destruir en la juventud ese concepto erróneo que tiene de la vida, sería eliminar uno de esos grandes factores que se interponen entre la juventud que, si no consigue impedir una unión, los satura con los gérmenes que pueden producir una futura catástrofe de su hogar.

Tan cierta es la existencia de ese factor, que el único ideal de la juventud masculina es vivir en las gran-

des ciudades, muy especialmente en la capital. Si algunos han recibido un título profesional, sólo quieren ejercer esa profesión en los grandes centros, pero como éstos están ya pletóricos de colegas de su título, el ejercicio liberal de ella no les da renta alguna y se ven obligados a emplearse en instituciones del Estado o particulares, con sueldos que apenas pueden satisfacer sus necesidades personales. Si no son profesionales, que son los más, también se injertan en cualquier vacante de empleados subalternos, con una remuneración más insignificante aún.

Esa juventud mata sus energías, su voluntad, en la llama voraz de los placeres que proporcionan las grandes ciudades; llama que devora sus mejores años, y cuyas cenizas son una vejez prematura que los recluye, con muchos desengaños, en un rincón solitario, pues ya sus padres han muerto y porque no se han unido a una compañera que pudo haberles dado hijos para perpetuar su sangre y para enriquecer a la Patria.

Las jóvenes también están contagiadas con ese virus que dá la vida ligera y divertida; hay muchas de ellas que ponen todo su espíritu, toda su energía, en formarse una personalidad artificial que atraiga los sentidos del medio en que actúan, ya sea vistiéndose con telas cuyo valor intrínseco no está al alcance del presupuesto de sus padres, ya retocando su rostro juvenil, y ensuciando así los hermosos colores que les ha dado la naturaleza; ya ocupando toda su vigilia en asistir a los paseos y espectáculos públicos; ya dando a su marcha, a su mímica, todos los caracteres para atraer hacia ellas las miradas; ya nutriendo su espíritu con lecturas ligeras que les dan un roman-

ticismo enfermizo; ya despreocupándose de todas las labores de su casa, porque no son de buen tono; ya despreciando a la gente de provincia porque la consideran cursi; ya revelando hastío por el trabajo del campo, de las serranías, de las salitreras, de las minas, por creerla vida prosaica; ya soñando con viajes a Europa o Norte-América para divertirse en las grandes ciudades de esos continentes y para traer el último modelo en sus trajes y sombreros; ya suspirando por un automóvil que les permita con la mayor rapidez posible, asistir a todos los paseos, a todas las funciones teatrales, etc.

Este grupo de niñas es el que hace que los jóvenes miren con espanto el matrimonio, y algunas de ellas, si llegan a casarse, serán desgraciadas, porque en ellas ha dominado la pasión del lujo en vez del amor, la superficialidad en sus actos y en sus deseos; y aquellas que permanezcan solteras, pasados ya los cuarenta años, también serán infelices, puesto que, por su misma superficialidad, no podrán abastecerse a ellas mismas, y tendrán que ser parásitos de la caridad de parientes que las ayudarán por mandato de la sangre y no del espíritu, porque dadas sus pocas cualidades, no merecen cariño ni protección sinceros.

El otro gran factor que hace que los matrimonios sean escasos, y que los cónyuges no tengan preparación, es la actual instrucción que les dá el Estado y los Institutos particulares.

En efecto, la instrucción primaria (escuelas públicas), instrucción secundaria (liceos), instrucción superior (universidades), que han Menado una misión importantísima hasta la primera mitad de la Repú-

blica, hoy no responden a las necesidades que el país exige.

En verdad, los primeros Seminarios y el Instituto Nacional de Chile, independiente, respondían a la importante misión de la instrucción general y de preparar ciudadanos con profesiones liberales que son de suma trascendencia para la colectividad y que el país no los tenía. Se imponía crear abogados, ingenieros civiles, médicos, dentistas, farmacéuticos, pedagogos, etc., etc. Las industrias entonces no exigían una preocupación de parte del Estado, porque la agricultura era, en sí, toda la potencia industrial del territorio, la que era bien atendida por nuestros abuelos, quienes sacaban de la tierra los alimentos necesarios para abastecer plenamente a la poca población contemporánea a ellos, de hábitos y exigencias muy modestos.

Por otra parte, el mundo civilizado no tenía los rieles y buques que ponen a toda la humanidad en relación inmediata; ni tampoco las vías aéreas y submarinas, las vías inalámbricas que transmiten el pensamiento con la rapidez del rayo, factores que han hecho que los elementos materiales y espirituales de un país, se canjeen con los del otro, quienes, para guardar la armonía económica, se ven obligados a un cultivo intensivo para extraer todas las riquezas que las exigencias del vivir moderno necesita.

Hoy día, en cambio, el país ya no necesita abogados, talvez los tiene en exceso, y de las otras profesiones liberales, los titulados de hoy, bastan para satisfacer las necesidades del presente; por consiguiente, nuestras universidades pueden, sin mayor esfuerzo, seguir titulando para ir llenando los huecos que

produce la muerte o la jubilación. Pero si sigue produciendo en progresión geométrica como lo hace hoy día, habrá plétora de médicos, ingenieros, arquitectos, etc., etc., como hay, al presente, de abogados, y esta congestión de profesionales, produciría, no sólo escasez de matrimonios, sino que puede provocar una grave conmoción social.

En efecto, el profesional adquiere su título después de haber empleado casi la mitad de su vida en esfuerzos sucesivos, desde la adquisición de las primeras letras hasta alcanzar el soñado diploma. Esos esfuerzos individuales han necesitado de otros grandes esfuerzos, de otras grandes preocupaciones de sus padres. Si el fruto de esos enormes y continuados sacrificios, es solamente un título que la colectividad no va a remunerar porque no necesita de sus servicios, por tener ya quien se los proporcione, ese joven profesional será un desengañado; la instrucción que recibió del Estado con tanto sacrificio para su persona, no le sirve de nada, pues ese mismo Estado no premia su éxito ni su perseverancia. Si ese fracasado es joven de honor, ocupará su actividad en cualquier oficio honrado que le permita subvenir a sus gastos; pero, si no lo es, ese fracasado envenenará su espíritu, y hará de su título, un uso mercantil e inmoral: un médico que acepta contrariar la naturaleza, un abogado que estimula pleitos injustos, etc., etc.

He dicho que la congestión de profesionales hará que día por día, los matrimonios sean más escasos, porque la gran mayoría, esa juventud estudiosa que el ejercicio de su profesión no le va a proporcionar entradas, se resolverá a solicitar toda clase de empleos, ya fiscales o particulares, empleos que, con

muy escasas excepciones, son tan mal remunerados, que apenas pueden satisfacer sus necesidades personales. Digo que serán solicitantes de puestos porque han salido ya adultos de la Universidad y cansados de estudios intensivos que los imposibilitan para que se resuelvan a adquirir otros conocimientos científicos para otra esfera de actividad; y, porque, dada nuestra idiosincrasia social, esos jóvenes universitarios han hecho vida en ella y no se resignan a dejarla, prefiriendo vegetar en un empleo de porvenir obscuro, antes de abandonar la superficialidad social. No podrán, pues, dado su estado económico, solicitar a la niña de su amor; lo más que podrán hacer será solicitar a la niña con dote.

También he dicho que esa misma congestión de profesionales, puede provocar un trastorno social, porque esos cuyos cerebros están nutridos de ciencias concretas y de conocimientos abstractos, encadenadas sus energías y estrechado su porvenir en el marco de hierro del empleado, están preparados para que germine en su espíritu la idea de injusticia social, porque creen que ellos con un intelecto tan cultivado, serían los llamados a dirigir los destinos de la colectividad, y por consiguiente, en tal estado de ánimo, cualquiera cuestión social, aún cuando sea morbosa como la que existe hoy en nuestra masa obrera (la que explicaré en el próximo capítulo), simpatizará con sus ideas, no porque signifique una evolución, sino porque espera que del trastorno o la destrucción de la armonía actual, podrán sacar algún provecho: "A río revuelto ganancia de pescadores".

Con toda sinceridad pienso, que, si los países jóvenes pueden, en el porvenir, sufrir serios trastornos

en el alma nacional, no serán ocasionados por las masas obreras, porque a éstas se les puede tranquilizar dándoles lo que ellas tienen derecho de pedir; exigencias que, por otra parte, la autoridad y la ciencia, están muy capacitadas para proporcionarlas, sino por esa congestión de universitarios, sin titular o titulados que, con cerebro fuerte y pretencioso, con músculos débiles e incapaces y sin bagaje alguno de conocimientos prácticos, que les permitan vencer a los elementos que aprisionan las riquezas extractivas del suelo, usarán de lo que llevan en sí más robusto: el cerebro; que, como es robusto en ideas, en filosofía, en vocabularios, será esto lo que vaciarán en la colectividad, con semillas que llamarán de reivindicación social, de socialismo, etc.

Por las razones expuestas, podemos comprender que la actual instrucción oficial que en sus comienzos y durante un largo período fué un gran factor de progreso, hoy, si no cambia sus programas, si no los incluye en la evolución general, será un factor de gran retroceso moral.

La evolución marcha como gira la rueda; lo que está abajo, va arriba, lo que está a la derecha, va a la izquierda: Chile de ayer no tenía profesionales y poseía las industrias que exigían sus habitantes y sus costumbres; Chile de hoy tiene profesionales y no tiene las industrias que su población y la nueva situación que dá el consorcio de los diversos países del orbe, necesita.

Expuestos los dos grandes factores que, en mi concepto, influyen poderosamente en que los matrimonios de mañana sean en menor número y a la vez menos

felices que los de nuestros antepasados, cabe preguntarse ¿cómo podrían destruirse esos factores?

Los padres cuentan con muchos de los medios eficaces para su destrucción, tanto en lo que pueden hacer en la idiosincrasia social, como en el nuevo rumbo que se le debe dar a la instrucción.

Si ellos inculcan a sus hijos e hijas desde pequeños que lo que vale en la persona es el bagaje de conocimientos intelectuales y prácticos para dominar el medio en que actúan; que más vale estar al lado de una salitrera, de una mina, de un gallinero, de una hortaliza, que encontrarse injertados en una sociedad donde nada producen por iniciativa propia, sino por el mandato ajeno (empleados), esos jóvenes cultivarán en su espíritu el germen de la propia personalidad y más tardes serán felices cuando ellos vean fructificar esas semillas regadas por su propio esfuerzo; mirarán a la sociedad con un concepto profundo, actuando en ella con un contingente propio, gozando de sus placeres cuando así se lo permitan sus actividades y despreciando la superficialidad social, porque están muy por encima de entretenimientos que su espíritu no tiene por qué mendigar.

Las jóvenes también se impregnarán del concepto de lo que es una personalidad de valer moral y cuan diferente es de aquella que vale por su exterior, por una fisonomía minuciosamente cuidada, por sus trajes, última palabra de la moda, por su conversación y su mímica, todo frivolidad; pues esa personalidad tendrá la vida de la mariposa, la duración de ese pequeño ciclo de la juventud en que la mujer está en el apogeo de la hermosura corporal y será una niña que atraerá al joven no con la atracción del fluido que

se llama amor, que emana del fondo del alma, sino con los sentidos, es decir, inspirará solamente una pasión sensual. Se le inculcará que será desgraciada si se une al hombre en virtud de esa atracción que nace de su hermoso exterior, porque esa pasión siendo hija de la materia, está subordinada a ella, a su desgaste, a su transformación, y, por consiguiente, el tiempo irá destruyendo cada día más su hermosura, lo que haría que sus esfuerzos para seguir manteniendo la pasión en ese hombre, serían día por día mayores.

Por otra parte, como ya no podría aprisionar o mantener las sensaciones físicas de su marido, éstas se excitarían con nuevas siluetas de mujeres hermosas, las que, por ser originales y con más juventud, lo atraerán mucho más que la mujer que lo ligó a su vida por una simple pasión que se transformará con el tiempo en hastío, y así quedará destruido el hogar.

En cambio, la niña de valer moral, tiene personalidad propia, formada por la íntima armonía entre su espíritu y su físico, que si éste no fuese hermoso, aquél le dará una aureola tan radiante o más que la belleza del semblante.

Se le inculcará también que una mujer de estas condiciones, conquista la inteligencia del hombre, que percibirá los tesoros que lleva en su alma y ellos le darán la seguridad absoluta de que siempre esa niña estará con él, en todas las vicisitudes de su vida; sentirá a su lado un corazón que palpitará al unísono con el suyo; palpitaciones de regocijo cuando él tenga alegría, de dolor, cuando sufra; seguro de que lo secundará en su trabajo y en todo aquello que pudiera aliviarlo, ya llevando los libros si se dedica al comercio, ya atendiendo las pequeñas industrias agrí-

colas si se dedica al campo, etc. La convencerán de que una niña con estas cualidades, hará crecer día por día el cariño de su esposo y lo atraerá cada vez más al hogar. Se le dirá que los sentidos de su marido no sentirán pasión con los encantos físicos de otra mujer, porque ellos estarán esclavizados, embebidos con la sensación infinita de esa compañera que se ha confundido con su propio espíritu, formando los dos una sola alma.

Déseles, pues, a esas hijas, los elementos para que formen esa personalidad que tanta influencia tiene para su futura felicidad. Hágaseles comprender que su traje, mientras más sencillo sea, mientras menor sea su costo, será de más mérito, porque en su confección han intervenido su propio arte y su propio esfuerzo, sustituyendo así el excesivo dinero con que se paga el arte de la modista; hágaseles comprender que la vida es siempre hermosa cuando se lleva en si un espíritu abnegado; que la lectura obligada debe ser aquella que le proporcione conocimientos útiles en todas las ramas de las actividades humanas, porque más tarde les serán muy necesarios para secundar la labor de sus maridos; hágaseles también comprender que deben llevar todos los elementos necesarios para abastecerse a sí mismas, cualquiera que sea el sitio que les reserve el destino, sitio que siempre será el mejor, porque en él van a vivir, en él crecerán sus hijos, en él van a elaborar los medios de sustento y prosperidad para su casa; que comprendan, por fin, que mucho más vale el hombre que está en la frontera, en la cordillera, en las salitreras, en los campos, elaborando con armas propias dadas por su inteligencia, que aquel que vive en las grandes ciudades, ve-

getando en un modesto empleo y sin mayores aspiraciones.

Otro gran vacío de la sociedad contemporánea es el abandono que se ha hecho de la vida patriarcal que hacían nuestros padres y antepasados. El hogar de ayer recibía a la juventud de ambos sexos; se organizaban pequeñas reuniones de familia, con caracteres de intimidad, y, como eran muy selectas, el joven que a ellas asistía, sólo podía llegar cuando aportaba moralidad y corrección. De esta modesta sociabilidad nacían los matrimonios, precedidos de un largo noviazgo, que daba tiempo a la perfecta comprensión de los caracteres y seguridad del futuro destino, porque se conocían así, tanto los elementos materiales como espirituales de los que iban a casarse; y, en verdad, la estadística de matrimonios bien constituidos que se hacían en esa época, supera por mucho a lo que presenta la sociedad actual.

Hoy, en cambio, en los paseos públicos, en los teatros o en los grandes bailes, en donde intima la juventud, en los cuales no hay selección ninguna de los jóvenes que allí llegan, pues triunfan en esos sitios, aquellos que se han saturado y familiarizado con el chic superficial y con el arte del baile; y, con frecuencia, no llegan allí los jóvenes que se preparan con grandes sacrificios para adquirir conocimientos que les darán un brillante porvenir, y, por consiguiente, mucho más preparados para hacer la felicidad de una mujer que los que sólo han adquirido un barniz social.

Así como los padres pueden hacer mucho para modificar la idiosincrasia social que está impidiendo los matrimonios y haciéndolos desgraciados, con sólo

poner en práctica lo que mi modesta observación ha indicado, también ellos pueden influir mucho, para que la instrucción que dá el Estado, se amolde a las necesidades de estos tiempos.

Por las razones ya expuestas, es la Industria la que domina el mundo, porque de ella necesita la vida actual más intensiva de la humanidad.

Si Chile pretende estar incluído en esa evolución, tiene que producir mayores elementos materiales que son riquezas, y los jóvenes tienen que ser los obreros que elaboren esas riquezas, que son las que les asegurarán a ellos su porvenir.

La vida industrial es una máquina inteligente que, como la máquina material, está subordinada, para su función, a la integridad de sus diversos compartimentos. Así, como un tranvía que cuente con un buen motor, no podrá rodar si una de sus ruedas está descompuesta, menos aún si alguno de sus tornillos no está en su sitio, o si no tiene aceite que lubrique sus fierros, sus aceros; la vida industrial necesita también de esa misma armonía entre su motor y sus piezas anexas; por consiguiente, para la instrucción industrial, habrá que consultar todos esos factores y hacer que el país sea apto para proporcionar el lubricante.

El motor de esa máquina inteligente, sería el joven universitario, que con tecnicismo y con práctica, la dirigiera; la que funcionaría ya para extraer salitre, para producir electricidad, y con ella luz y fuerza, ya para hacer canales de regadío, puentes; ya para explotar minas, ya para cultivar el campo en sus diversas faenas; ya para fabricar muebles y maquinarias de toda especie; ya para extraer fierro y producir acero; ya para fabricar papel, ya para curtir cue-

ro, etc., etc. El obrero sería la pieza anexa de esa máquina, quien debe ser preparado conforme a las condiciones de las variadas piezas de esas múltiples máquinas. Y, por último, el régimen bancario actual, se reformaría en el sentido que pudiese proporcionar el aceite, o sea el dinero que esa máquina inteligente necesita.

Por lo tanto, debe existir una perfecta armonía en los programas para los estudios primarios, secundarios y superiores.

Destruídas las frívolas preocupaciones de la contemporánea idiosincrasia social, reformados los programas de instrucción para dar no sólo profesionales sino muchos industriales, ya la suprema aspiración de la juventud masculina no sería adquirir empleos fiscales o particulares, sino instalar o dirigir industrias que, con sus conocimientos técnicos y prácticos, y también con la ayuda bancaria, instalarían en el territorio, para luchar frente a frente contra los guardianes egoístas de las riquezas extractivas, lucha en que saldrían vencedores, alcanzarían así su prosperidad moral y económica, y a la vez darían bienestar y prosperidad a la Nación.

Los empleos que necesita el rodaje administrativo de la República, serían en su mayor parte ocupados por la juventud femenina, la que necesita ganarse la vida por su propio esfuerzo, muy especialmente aquellas niñas que el destino no les ha dado esposo.

He aquí madres, he aquí niñas, los cimientos para que se construyan muchos matrimonios, los cuales poseerán espíritus capacitados para ser felices y formar hogares modelos, y para que, a su vez, hagan muy querido y prospero, el querido hogar que a todos nos pertenece: **La Patria.**

CAPÍTULO II

La Patria es el hogar; la casa es uno de sus departamentos, que está a nuestro cuidado inmediato

I

La felicidad y prosperidad del matrimonio, si bien en su mayor parte depende de la preparación moral, intelectual y física del hombre y la mujer, también están subordinadas al medio ambiente en que se constituye el hogar.

En efecto, así como una casa será defectuosa, teniendo hermosos salones, suntuosos decorados, regios muebles y en cambio sus dormitorios son pequeños y oscuros, su cocina es sucia, y las piezas de su servidumbre antihigiénicas, esa falta de armonía la hará perder en comfort y en condiciones de salubridad, porque el organismo se resentirá durmiendo en piezas con un cubitaje de aire insuficiente, y esos cuartos que habita la servidumbre, por sus condiciones antihigiénicas, enferman a sus moradores, quienes salen de esas piezas, saturados con polvo, con microbios y contagian así la atmósfera de todos los compartimentos de esos edificios inarmónicos.

Así también, si en la ciudad en que se habita no hay armonía en los edificios, desde el punto de vista

de la higiene y el comfort para albergar a las diferentes clases de familias, en sus distintas clases sociales y condiciones de fortuna, esta ciudad es imperfecta, insalubre y mortífera.

Desgraciadamente, las ciudades chilenas y, en general, las ciudades latino-americanas, con rarísimas excepciones, participan de ese gran defecto.

Así nos lo prueban los regios palacios de las calles centrales y de las avenidas modernas que ocupan los ricos de la colectividad: son sus salones; allí están las estrechas casas que arrienda la clase media, los empleados: son sus dormitorios; allí también están las habitaciones para obreros; los conventillos: son las piezas insalubres y contagiadas de miasmas y de microbios, sin luz y sin aire suficiente para las necesidades vitales: son los cuartos de la servidumbre.

Esas habitaciones de la clase media, por su estrechez y falta de comodidades, contribuyen a que el organismo de esas familias, se mantenga en un cierto grado de debilidad orgánica, que los predispone a contagiarse fácilmente con las enfermedades infecciosas y con las epidemias, afecciones que consumen en gran parte sus energías para el trabajo y que los obligan a emplear en médicos y medicinas, la mayor parte de su presupuesto.

Esos conventillos en que vive el bajo pueblo, son las antesalas de los hospitales, de las cárceles y de los cementerios, y son las vertientes que producen los microbios, llevados desde allí por el aire para contagiar la atmósfera del edificio colectivo, así como se infecta toda la casa que cuenta entre sus componentes, con piezas insalubres y contagiadas.

Los sentimientos de justicia y de altruismo, ade-

más del deber de proporcionar bienestar a los que de nosotros dependan, nos impulsarán a que nuestras propias casas sean en todas las secciones, igualmente higiénicas, sin que esto quiera decir que estemos obligados a que sean todas igualmente lujosas y confortables.

La higiene para las habitaciones, es muy modesta en sus exigencias, pide poco al arte y al ingenio del arquitecto, exige poco dinero a su propietario, sólo pide que se le dé entrada a los elementos de vida que dá la naturaleza: aire, luz, sol y limpieza, para purificar la atmósfera. Ahora bien, si algún fenómeno ha atrofiado esos sentimientos altruistas y ese cumplimiento del deber, aún así, el egoísmo, pide la comodidad y la higiene para los patrones y la servidumbre, porque la salud y la vida de los primeros, puede peligrar con el contagio de los segundos.

Una lógica tan sencilla como la expuesta, pone en evidencia la importancia de los principios de higiene pública, para que la atmósfera, que es común a la colectividad, para que el suelo, que todos pisamos, para que el agua de regadío de las calles, y la que bebemos, etc., no estén infectadas y, por consiguiente, no exista esa fuente de infección: los conventillos.

También nos prueba que la solidaridad humana es indispensable para la salud del físico, y es un deber para las exigencias de nuestro espíritu, como gente de honor y patriotismo.

Tal como hoy está la salubridad pública de todas las grandes ciudades del territorio, con una desigualdad estupenda entre la casa que habita el rico y la que ocupa el pobre, en el hogar de los jóvenes esposos, pelagra la estabilidad de su salud y la prospe-

ridad de su descendencia, porque estarán en constante zozobra con las epidemias que los rodean, salidas del bajo pueblo y transmitidas por la atmósfera y por las moscas a su propia casa, infectando el aire que respiran y los alimentos que comen, hasta la sencilla mamadera que nutre a sus pequeñuelos. Peligra también su prosperidad económica porque el obrero, músculo de la máquina industrial, está enfermo, y escasea en su número, porque la población obrera se reduce, debido a la excesiva mortalidad general, a tal extremo que las estadísticas demográficas dan en algunos años un exceso de muertos sobre los niños que nacen.

Peligra también su tranquilidad cívica, porque habitando la masa del pueblo piezas insalubres que destruyen su organismo y envenenan su espíritu, el alma popular está impregnada de odio contra las castas sociales que viven confortablemente, contra aquellos a quienes el confort les compensa con exceso las energías del trabajo, y que encuentran en su mansión todo lo que la mente exige para recrearse.

Esa alma popular es el cimiento del alma de la República, y así como la solidez de un edificio no depende de las decoraciones, de las formas de sus puertas y ventanas, ni de sus hermosos tallados, sino de la consistencia de las piedras con concreto en que reposan sus murallas, así también el espíritu de la constitución republicana, no depende de los ricos y flamantes ciudadanos, de los elegantes políticos, de los vistosos uniformes de su ejército, sino del contento, de la tranquilidad, del amor hacia la Patria, de ese pueblo que es el verdadero ejército; durante la paz, en su actividad para el trabajo y durante la guerra por-

que son sus soldados: son, pues, la esencia misma de la Nación.

II

Que el pueblo sufre en su organismo, en su espíritu, lo está probando la congestión de los hospitales de la República, con su exceso de enfermos, la estadística enorme de mortalidad, las cárceles repletas de criminales y los millares de locos y de tontos en los manicomios y hospicios, y las continuadas huelgas que se producen, sin que se vea claramente que su trabajo no sea bien remunerado o que de sus patrones no reciban las garantías que merecen. Son huelgas enfermizas nacidas de cerebros enfermos, sostenidos por un organismo que se bambolea a causa de los microbios crónicos que hay en su sangre.

Así como un médico que atiende a un enfermo no espera, para curarlo, que llegue a su máximo de gravedad, pues, en presencia de tal estado no contará con recursos para salvarlo, así también, nosotros los ciudadanos, que poseemos cierta instrucción y medios para darle a nuestras existencias lo que ellas nos piden para que vivamos una buena vida, debemos pensar y comprender que esas huelgas enfermizas, son síntomas precursores de una enfermedad grave que será incurable si no se ataca desde su comienzo, porque puede llegar a producir una disolución social, así como la muerte del cuerpo produce una disolución orgánica.

Vosotras, madres, comprenderéis cuán triste será el porvenir de los esposos si construyen su hogar sobre el cráter de un volcán, que, por ciertos ruidos, se pre-

siente una erupción, cuya lava bullente, carbonice cuanto esté en su superficie y a sus alrededores. Vosotras comprenderéis que, por muy sólida que sea la preparación moral, intelectual e industrial que hayáis inculcado en el organismo y en el espíritu de vuestros hijos, de nada les servirá, si ocurre un incendio social, como de nada sirve la buena calidad de los materiales de un edificio si llegan hacia él las llamas devoradoras del fuego.

Se necesitará ser sordo y ciego, o muy poco inteligente, para no sentir, para no ver, para no comprender que esos ruidos se producen, esa conmoción se siente, ese odio se adivina en la masa obrera, y sólo un egoísmo estúpido, una indiferencia sacrílega y una torpeza supina, impediría que nos unamos todos los ciudadanos hacia el porvenir para evitar una catástrofe nacional.

Cuando se producen síntomas en un enfermo, por muy graves que sean, si el médico no constata en el organismo del paciente lesión alguna que explique sus padecimientos, la enfermedad no es grave, hay la seguridad absoluta de curarlo; pero en cambio, si nota pequeños síntomas poco molestos, sin dolor, como la tos en un paciente cualquiera, si encuentra en su examen físico que el pulmón está invadido en gran parte por el microbio de la tisis, dice a sus deudos que, a pesar de la ausencia de fuerte fiebre y de dolor, ese enfermo está muy grave, es un tuberculoso.

Así también, si en el descontento del pueblo, traducido en huelgas, en federaciones, en meetings subversivos, se viera que no hay lesión que lo explicara en su organismo, que son manifestaciones de una idiosincrasia particular, ese descontento no tendría im-

portancia alguna para la tranquilidad y la vida de la República; pero, en cambio, si es reflejo de miserias y de lesiones del organismo de la masa obrera, entonces se trataría de una enfermedad nacional gravísima.

Es, pues, muy importante determinar si existe esa lesión, si hay miseria, si hay enfermedad orgánica. Yo, que, como médico, conozco profesionalmente la salud del país, porque mi especialidad clínica infantil da mejor que otra el conocimiento de la raza, digo a vosotras, madres, que la lesión del pueblo es intensa, y así lo he probado en un estudio que he hecho sobre el particular, que fué publicado por "El Mercurio": "Excesiva morbilidad y mortalidad de adultos y niños; malestar social, sus causas, su tratamiento".

En ese estudio he probado con hechos basados en la ciencia, que el pueblo vive permanentemente enfermo, y que las epidemias que en los países higiénicos son muy benignas, matan a los hombres, mujeres y niños de la masa obrera como las ametralladoras en el ejército enemigo. Esa permanencia de enfermedades en el organismo obrero es producida por el conventillo, que no le proporciona aire, ni luz, ni sol, sino microbios, miasmas y muerte; por el alcoholismo, al cual lo han impulsado las llagas que el conventillo les ocasiona en su espíritu y que van a curarlas con el alcohol; por la sífilis que adquieren en los prostíbulos, con la embriaguez que el tóxico anterior les ha producido en su cerebro, y con paso vacilante van en busca de un placer que pertenece a los degenerados; por el hambre, ocasionada por el conventillo, el alcohol y la prostitución en esos pobres enfermos enviciados, que por su estado no pueden trabajar; por la tuberculosis, que fácilmente se incorpora en esos organismos, porque el

microbio lo tienen en sus habitaciones y porque esa pobre sangre envenenada y debilitada no puede oponerle resistencia alguna, y, por consiguiente, las epidemias endémicas y epidémicas brotan y fructifican con exceso.

En ese mismo estudio probé que la cuestión social que agitan esas masas, es hija de la desigualdad orgánica de los diversos gremios sociales, según su fortuna e instrucción; y a este respecto decía que sólo una enfermedad del organismo nacional explica que en una República como la chilena, con una liberalísima Constitución, puedan existir falsos maximalistas, anarquistas, bolsheviquistas, porque sus cerebros enfermos elaboran ideas enfermas, puesto que, llevadas a la práctica, no sólo provocarían una revolución sino una disolución social. En cambio, el organismo sano, que esté regido en sus funciones orgánicas y psíquicas por un cerebro sano, sólo puede concebir, para la armonía social, la misma armonía que existe en la Naturaleza en todas sus manifestaciones.

En efecto, en el sistema planetario, es eterna la evolución, por la armonía que guardan entre sí los astros; así como el valle de la tierra es fértil y da la vida a la flora vegetal y animal, porque existen cordilleras y montes que regulan los vientos y las nubes, y son cunas de los ríos, que dan vida a los seres que la pueblan, así también la sociedad necesita jefes que regulen su evolución, valles que le cultiven sus alimentos "la masa obrera", cordilleras de donde emane la savia para las industrias, "capitalistas", y es por esa armonía que los mundos, que la vida, que la evolución social serán eternas. Pero así como dentro de la misma armonía de la Naturaleza hay fenómenos que se po-

drian tomar como imperfecciones de ella: terremotos, ciclones, etc., y se siente en su atmósfera un estado anormal que se manifiesta con variados aspectos de cielo y por las diversas sensaciones que se experimentan bajo su presión, sin que esos fenómenos y esas variantes atmosféricas influyan en la estabilidad de la tierra, en el mundo social hay también terremotos, que tampoco influyen en la estabilidad de los estados; y su espíritu, que equivale al éter, a la electricidad de la atmósfera terrestre, también se conmueve, también el cielo de las ideas refleja diversos aspectos.

Es la evolución del cerebro humano en el alma nacional, según su calor, según su electricidad, pero sin que deje de ocupar el mismo sitio el sér que tiene que llenar ese hueco en virtud de la armonía social. Siempre habrá obreros en todas las actividades, siempre habrá capitalistas que dirijan y nutran esas diversas empresas. El zapatero, que en su taller elabora ideas que cristalizan una empresa de más aliento, ya en orden moral o material, se elevará, por sus ideas, a otro sitio más adecuado, y el suyo será llenado por otro zapatero.

El capitalista que ha embotado su cerebro con el ocio o con el vicio, no podrá seguir en ese lugar, porque le falta la idea, le falta la electricidad que mueva su dinero, y tiene entonces que ocupar otro sitio más bajo que corresponda a su nueva capacidad; pero, en tanto, el puesto que ocupaba como capitalista no quedará vacío, lo llenará otro con más idea, con más inteligencia.

Tal es la verdadera evolución social, aquella que hace la rueda de la fortuna, que sólo podrá ser efectiva en un campo libre, donde no tropiece con escollos in-

salvables, así como evoluciona la atmósfera en el vasto espacio del Universo.

El espíritu chileno ¿cuenta con ese campo libre para su evolución? Nó. Porque la idea que germina en la mayoría de nuestros obreros no llega a ser fecunda, porque el conventillo, el alcoholismo y la sífilis, la tuberculosis, el analfabetismo, la ausencia de higiene pública, enferman el cimiento de esos cerebros, intoxican la sangre que los nutre y enferman así también las ideas que ellos elaboran.

No es, pues, la oligarquía, ni las rancias preocupaciones de castas sociales privilegiadas, las que han provocado la cuestión social del pueblo chileno, sino que se trata de una desigualdad orgánica causada por las enfermedades, hijas a su vez del vicio y la miseria, las que lo coloca en sumo grado de inferioridad para que pueda adquirir su progreso individual, la misma desigualdad que le da su superioridad en la morbilidad y en la mortalidad sobre sus compatriotas de otros gremios sociales.

Una cuestión social de esa naturaleza, que tenga por origen la enfermedad del organismo, es mucho más grave que la que provoca la constitución política de los estados, que convengan en reformarla en virtud de los preceptos de igualdad y confraternidad, porque ella es morbosa, porque envuelve el odio, la anarquía, la desesperación del que no cuenta con buenas armas para la lucha; en cambio, la legítima, la verdadera evolución, es la idea sana que se sirve de la elocuencia para vencer la tiranía de los gobiernos absolutistas y para derribar las murallas que cierran el libre albedrío.

III

Si se establece, pues, un joven hogar en un medio en que reine la epidemia, en que escaseen los obreros, o que sean de deficiencia física y moral, en el que soplen brisas saturadas de odio social, etc., su estabilidad material, económica y social, estará en constante peligro de un terremoto y, por consiguiente, será desgraciado.

Por amor a estos jóvenes que tienen la mente llena de ilusiones, debemos apartar de su camino todos esos escollos para conseguirles su felicidad, y tanto mayor será nuestro empeño cuanto que al eliminar esos funestos escollos conseguiríamos la felicidad del hogar común: la Patria.

¿Cómo se conseguiría el éxito?

Conociendo las causas que han permitido la entrada a la sangre y a la mente del pueblo chileno, de todos los flagelos ya nombrados.

Desde luego, podemos adelantar que esos virus han infectado el organismo de las masas obreras a pesar de las riquezas de nuestro territorio, y a pesar de las excelentes condiciones hereditarias de la raza; en efecto, es una injusticia que los hijos de Chile sean víctimas de tanta calamidad, puesto que su territorio es rico, que su lonja de tierra participa de todos los climas del globo terrestre, que su robusto espinazo, la Cordillera de los Andes, es pletórica en minerales y en vertientes, que son fuentes de los ríos que van a bañarse en el Océano Pacífico, quien, junto con darle el aire puro del mar, le proporciona las más variadas clases de mariscos y peces; que su suelo es rico en salitre, en minerales, en carbones de piedra, en productos

agrícolas, los cuales hacen que toda su población sea insuficiente para extraerle esas variadas riquezas. Es verdaderamente inaudito que cualquiera de sus hijos padezca de hambre, porque, tanto por su suelo como por su mar, es abundante en toda clase de alimentos.

¡Y, sin embargo, hay hambre en el país!

Respecto de la raza, también protestamos que sus hijos de hoy sean enfermizos, que mueran por millares y que vivan descontentos, puesto que esa raza ha sido formada por la mezcla de valientes y robustos aborígenes del nuevo mundo: el araucano, con la sangre europea que más héroes ha dado al mundo: la española.

Por consiguiente, con semejante raza, con semejante territorio, el conventillo no debería existir, porque hay mucha superficie para que construya su hogar la población que contiene; ni el alcoholismo, porque existen en abundancia alimentos y frutos con lo cual no deben dar cabida al vicio, y la sífilis no debiera incorporarse en una sociedad formada por una raza uniforme de costumbres patriarcales, puesto que ella se introduce en los pueblos cosmopolitas y de costumbres relajadas; la tuberculosis tampoco debiera prosperar en nuestro suelo, porque siendo hija del hambre y del conventillo, no tiene razón de ser entre nosotros, donde hay climas marítimos y de altura, mucha luz y nítidos rayos de sol, elementos todos que son mortíferos para el bacilo de la peste blanca.

IV

Repito: ¿Cuál es, entonces, la causa de tan grave infección en la sangre y en la mente de la raza chilena?

La idiosincrasia de nuestra política.

En efecto, el cerebro de la República lo constituye el Congreso con sus dos Cámaras, Diputados y Senadores, y el Poder Ejecutivo: el Presidente y sus Ministros.

Para que las funciones de un país sean normales, es indispensable que lo sea el cerebro, que es formado por esos dos poderes, porque es él quien va a crear las ideas y a regir toda la vitalidad nacional, enteramente igual a lo que es el cerebro humano en el individuo, órgano al cual están subordinados todos los sistemas, desde los pequeños elementos que los forman: las células.

Desgraciadamente, el cerebro republicano no es armónico en sus diferentes compartimentos, debido a las características de la política chilena. Tiene una ley electoral que abre ampliamente las puertas para un grupo de ciudadanos y las cierra para otros grupos, lo que hace que al recinto del Congreso vayan a elaborar las leyes representantes sólo de algunas de las actividades nacionales, dejando las otras completamente acéfalas.

Esas anomalías electorales las constituyen la incompatibilidad y la gratuidad parlamentaria.

Por incompatibilidad no pueden ser senadores ni diputados justamente aquellos ciudadanos que están mejor preparados. El hombre de ciencia que sobresale de los demás en cualquiera de los ramos del saber humano, ya como jurisconsulto, ya como sociólogo, ya como médico, higienista, químico, ingeniero, etc., por su misma competencia y por su mismo amor a la ciencia que posee y practica, se constituye en profesor en los colegios y aulas universitarias para difundir en la juventud sus condiciones de científico y pedagogo, y,

como a la vez, vive de esos mismos conocimientos, tiene que hacerse remunerar sus clases, sueldo que lo liga al presupuesto del Estado y, por consiguiente, queda excluido del Congreso, porque es un incompatible, en virtud de la cláusula de la incompatibilidad parlamentaria.

El industrial, desde el más modesto hasta el más instruido, en cualquiera empresa de la actividad humana, si las condiciones y entradas económicas de su establecimiento no le permiten apartarse de su lado, porque le haría falta el dinero que le pagaría a un empleado que lo reemplazara, no puede tampoco llegar al Congreso, a las salas donde se elaboran las leyes para la colectividad, a pesar que allí sería utilísimo, porque es el genuino representante de esas actividades, el que conoce el mecanismo de las industrias, no puede llegar allí, repito, en virtud de "la gratuidad parlamentaria".

En cambio, el rico que heredó una fortuna, o que la ganó en la Bolsa, o con el número de una lotería, o los muy pocos que con ingenio y con suerte han levantado una fortuna, esos, comprando la conciencia del pueblo, ocupan los sillones del Congreso, los que, con honrosas excepciones, desconocen el mecanismo íntimo de la industria, los preceptos de la higiene pública y las necesidades del pueblo.

Esa gratuidad también abre las puertas no sólo a los ciudadanos con dinero, sino también a aquellos que no se dedican al ejercicio de una profesión, o a la dirección de una industria, quienes, por no tener renta, hacen dudar al público de su honradez y hacen también que se les llame "agentes administrativos".

Se comprende que con un Congreso que se genera por una ley electoral que cuenta con las dos funestas

cláusulas que ya he expuesto, tiene que ser mediocre, incompleto, más aún, perjudicial para la vida presente y futura de la República. Además, ese Congreso goza de la característica de actuar directamente, para que así el Poder Ejecutivo participe de sus gravísimos males.

En efecto, los diputados y senadores se apellidan con títulos políticos: radicales, liberales y conservadores y subdivisiones: montinos, democráticos, demócratas, etc., etc., títulos que son un quebradero de cabeza para los hombres de trabajo y de estudio, porque no comprenden lo que esos títulos representan con respecto a los intereses nacionales; pues, tan pronto los que se llaman radicales están a la derecha o en compañía de los liberales, con los demócratas, o tan luego los liberales pasan a la izquierda al lado de los conservadores, o se dividen, para estar algunos con los radicales y otros con los conservadores, y así por el estilo actúan los montinos, los liberales democráticos y los demócratas; y, como el Gobierno es parlamentario, los secretarios del Presidente tienen que reflejar esos títulos, los que se mueven sus carteras con el vaivén constante de esa política incomprensible.

Esa anarquía y esa volubilidad de los partidos, los coloca en absoluto desprestigio ante la mayoría de la gente de esfuerzo y de trabajo, que ha llegado a la convicción de que esos no son partidos políticos, no son programas de ideas, sino asociaciones de ciudadanos que luchan para acercarse al presupuesto público con el fin de repartirse entre los inscritos los diferentes empleos que renta el Estado, o para gozar de las rentas y de los honores de la representación exterior del país, ya como Cónsules, Secretarios de Legaciones o

Ministros Diplomáticos, y, por consiguiente, esa masa consciente de su valer es indiferente a las elecciones.

En cambio, esa misma política en que reina la audacia y se conquista un puesto en ella con una palabra fácil, aun cuando no sea elocuente, es un presente griego para toda la juventud que gusta de los honores de las fiestas y de la sociabilidad mundana, y que tiene aversión por el trabajo que exija esfuerzo, constancia y aislamiento de las ciudades. No necesito buscar argumentos para probar que la política chilena atrae a la juventud, porque el lector los encuentra con sólo mirar los rótulos de los sitios centrales de todas las ciudades: Centro de la juventud radical, liberal, conservadora, etc., y otros que se llaman "asambleas". Ya en el capítulo anterior probé que la mayoría de esos jóvenes políticos, a la sombra del partido que dicen servir, buscan un empleo público, el que va a secuestrarle sus energías, el que va sólo a servir a sus gastos estrictamente personales y el que jamás le permitirá unir su existencia a una compañera legítima.

V

He querido probar que por los gravísimos defectos que tiene el cerebro nacional, en sus poderes Ejecutivo y Legislativo, es el responsable directo de todos los flagelos que destruyen el organismo y el espíritu de la masa obrera.

Si me he extendido sobre la solidaridad que existe entre la felicidad individual y la de la colectividad, y si he expuesto los grandes males que hoy saturan a la Patria y que repercuten en los hogares de los matrimonios, lo he hecho en calidad de patriota y de médico.

Como patriota, sueño con la mayor grandeza, felici-

dad y prosperidad para Chile, y como médico presto mi modesto concurso para indicar qué es lo que conviene y lo que deben hacer los jóvenes esposos, para que en su casa reine la dicha y para que se sientan orgullosos del bienestar y la tranquilidad de la Patria.

Si como profesional, he expuesto los males nacionales con todo el calor de sentimientos de que soy capaz, es porque veo que esos males se pueden desterrar con toda facilidad, y que justamente es la mujer quien será más eficaz para esta empresa, así como lo es en el hogar para atender a las enfermedades de sus deudos. Nadie como ella se entrega al sacrificio y a la caridad con mayor abnegación, y tengo la íntima convicción que, porque nuestras damas no han ocupado en la enfermedad de la colectividad el mismo lugar que desempeñan en sus casas, al lado del enfermo, ésta ha tomado el cuerpo que hoy tiene, tal como les sucedería a los hijos sin madre, que fuesen atendidos en sus dolencias por el padre, que tiene tantas actividades fuera del hogar.

Sí, madres, es necesario que reclaméis el sitio que os corresponde en la colectividad y que reconozcáis que vuestra labor en la salubridad pública es tan interesante y aún más fructífera que la que hacéis al lado de vuestros hijos cuando se enferman, porque en ella vais a prever las epidemias y angustias de vuestros hijos en sus nuevos hogares y a la vez vais a hacer de la Patria el ideal que, por todos sus dones naturales, tiene derecho a merecer.

VI

Conocida la existencia y las causas de la enfermedad del organismo y del espíritu de la masa obrera, se pue-

de hacer un tratamiento eficaz, que ataque el origen mismo del mal.

En materia de administración, no cuento con conocimientos especiales, pero me permito aconsejaros que, lo que se llama política no debe ser indiferente ni para vosotras ni para el grupo de caballeros y jóvenes que, absortos en su trabajo, prescinden de ella, porque es esa política, por su degeneración, la que ocasiona los más grandes males nacionales.

Siendo la gratuidad y la incompatibilidad parlamentaria las causantes del malestar y la deficiencia de nuestro Gobierno, tanto en la legislación de las leyes como en su aplicación, vosotras debéis hacer una fuerte campaña para eliminar esas dos cláusulas de la ley electoral, y también para que nuestra representación en el Congreso se armonice conforme a las diversas actividades nacionales, en la ciencia, en la jurisprudencia, en las industrias y en la representación obrera.

VII

Pero vuestra acción, en lo que se refiere a la salubridad pública, puede tener una eficacia más inmediata, y, como la salud nacional es el corazón del organismo republicano, consiguiendo la mejoría de ese corazón, vendrá por sí sola la curación de los otros males nacionales, tal como pasa en el individuo, que, por grave que sea su dolencia, con un corazón sano, tiene seguridad de vencer el mal que actúa en otros de sus órganos.

¿Sabéis por que la sangre obrera está contagiada, y contagia más y más el medio ambiente?

Porque en toda la República, incluso la Capital, no

hay servicio alguno que cure esas enfermedades que se llaman de transcendencia social, a pesar de que son ellas las únicas responsables de la excesiva morbilidad, mortalidad y malestar de la colectividad.

Y ¿sabéis por qué nuestros hospitales no las curan?

Porque en sus servicios no hay unidad de acción, ni tienen un médico de cabecera.

¿Cuál sería la evolución de una enfermedad en vuestro hijo, si un día lo viese un médico, y pasara mucho tiempo sin verlo, y algunas veces tuvierais dinero para comprarle medicinas y otras veces nó? Simplemente que la enfermedad no evolucionaría.

En efecto, los servicios hospitalarios de la República son muy eficientes para todos los enfermos que llegan allí con enfermedades agudas, ya de orden médico o quirúrgico, o por accidentes; pero absolutamente deficientes para curar las enfermedades sociales, las cuales necesitan un tratamiento largo y continuado, porque son afecciones crónicas. La sífilis, por ejemplo, necesita un *mínimum* de 3 años para curarla.

El hecho que los hospitales no sean eficientes para curar las enfermedades sociales, no quiere decir que dejen de tener una alta misión; que los ferrocarriles del Estado, actualmente no sean económicos y no estén a la altura de las necesidades vitales y económicas del país, tampoco les quita que sean altamente necesarios; puesto que, si ambos servicios, hospitales y ferrocarriles, se suprimiesen bruscamente, se produciría un gran trastorno social y económico. Pero hay que convenir en que, tanto la Beneficencia Pública, como los Ferrocarriles del Estado, no dan al progreso lo que el progreso exige, puesto que los servicios de

salubridad pública, son incapaces de impedir la muerte de tantos jóvenes adultos y de esos muchos niños que nacen, y los Ferrocarriles impotentes para llevar a los centros de consumo esas riquezas materiales.

¿Se podría hacer eficientes los hospitales de la República para curar las enfermedades de trascendencia social? Perfectamente, siempre que en ellos exista unidad de acción, y para ello no habría necesidad de gastar un centavo más de lo que hoy presupuesta la Beneficencia Pública.

¿Cómo se haría esa unidad?

Colocando a su cabeza un ministerio de salubridad pública y de legislación social, cuyo ministro sería un médico sin ninguna incumbencia política, y secundado por la mujer chilena. En una palabra se haría con la enfermedad nacional lo que vosotros hacéis en la enfermedad de vuestro hijo: médico de cabecera y vuestra ayuda inteligente e incondicional.

He ahí la solución de este gravísimo problema que tanta importancia tiene para la felicidad y prosperidad de los nuevos hogares que vuestros hijos formarán y a la vez de suma trascendencia, para el progreso y el bienestar de la República.

Vosotras, madres, reunidas en una gran sociedad que se llamaría de "profilaxia y salubridad pública", secundaríais a esa importantísima labor del ministerio, y entre sus socias, que serían mujeres de toda la República, con su directorio en la capital, formaríais grupos, para que cada uno de ellos abordase el estudio de los diferentes flagelos que destruyen la raza. Así, por ejemplo, grupos de esas grandes secciones secundarían al ministerio en su actuación para mejorar las habitaciones populares; otro, para poner valla a la in-

vasión sífilítica, otro a la saturación alcohólica, otro para proporcionar buenos y baratos artículos alimenticios, etc., etc.

La otra gran sección de la sociedad de damas, la de salubridad, secundaria a los médicos en la interesante labor de curar las enfermedades de trascendencia social, médicos que dependerían de un jefe, quien, a su vez, dependería del Ministro, el que informaría el tratamiento y ordenaría las papeletas que deben llevar consigo los pacientes, las que les permitirían seguir un tratamiento uniforme, en cualquier dispensario de la República que se hubiese instalado para curar esa clase de pacientes.

Imposible me sería incluir en este libro los detalles del **modus operandi** de esos servicios y cuál sería la actuación de los médicos; pero puedo aseguraros que es muy sencillo; sólo necesita unidad de acción, y, en cuanto a la cooperación de vosotras, sería una ayuda importantísima, pues vigilaríais que los enfermos inscritos con enfermedad social fuesen a esos dispensarios y dieran los domicilios de aquellos hombres, mujeres o niños que no hubiesen acudido a hacerse el tratamiento que se les prescribe.

Así, pues, que el malestar orgánico de la masa obrera puede suprimirse en el presente, e impedir su desarrollo en el futuro, colocando a la cabeza de la profilaxis y salubridad pública, a un médico competente, a quien, para darle el máximo de autoridad y prestigio, se le de la investidura de Ministro de Estado, con la cooperación de una gran sociedad de damas de toda la República.

Sólo en esa forma se podrá decir que el Estado haría una labor científica para destruir y evitar en el por-

venir, los males nacionales que tan gravemente comprometen los hogares de vuestros hijos.

VII

Hoy, el Gobierno y la sociedad hacen un deporte de la caridad, tal como si un ciudadano se colocase en una esquina de nuestras calles para recoger las numerosas víctimas que ocasionan los tranvías y los automóviles, en vez de hacer la única labor eficaz que sería: reglamentar la marcha de esos vehículos y la circulación de la gente por esos sitios.

En efecto, el Gobierno y la filantropía particular están recogiendo en hospitales, en asilos, en dispensarios, en manicomios y en cárceles las víctimas de los flagelos que tantas veces he nombrado, en vez de ir directamente al conventillo, a la taberna, al prostíbulo, etc., o sea, a los sitios generadores de esos flagelos.

Nuestro egoísmo, que pone nuestras facultades, nuestras energías, al servicio de nuestras propias personas y de nuestros hijos, sin que meditemos que estamos obligados a dar ideas al que no las tiene, energías al que le faltan, salud al que está enfermo; ese egoísmo, digo, repercute sobre nuestro propio haber, ya sea llegando al hogar en forma de epidemia, ya paralizando nuestras industrias por falta de brazos y conmoviendo la tranquilidad nacional por aquellos descontentos morales e intelectuales.

Chile es una provincia de la gran República Sud-Americana; sus hermanas llevan en la sangre su misma excelente raza; tienen por madre dos potencias latino-europeas: España y Portugal, muchas veces gloriosas por todas sus conquistas.

Hay en el mundo muchas otras razas, de las cuales algunas son completamente diferentes a la nuestra, como la raza mongólica, cuyo territorio es ya estrecho para contener su excesiva población; mañana podría querer descongestionarse, querría seguir las vías de Colón, pero no ya en cuatro débiles barquichuelos, sino en poderosos blindados, pletóricos de mortíferos ejércitos.

Prever es signo de inteligencia; únense las provincias sud-americanas, aumenten y fortalezcan sus hijos, cámbiense entre sí la idea, el pensamiento, satúrense con la misma profilaxis curación médica, hágase intercambio de productos, y vosotras, damas que os habéis organizado para salvar la raza y para eliminar los elementos destructores en el futuro ponéos en contacto con sociedades equivalentes de nuestras hermanas sud-americanas, y habréis formado así una sola alma, porque una acción así es toda amor, toda confraternidad, toda inteligencia.

En una palabra, si el modesto hogar necesita para su existencia del bienestar de la Patria, la Patria, para su tranquilidad infinita, necesita del bienestar de todas sus hermanas, del bienestar de Sud-América.

INTERMEDIO POETICO

Los Poemas de la Madre

ME HA BESADO

A. Me ha besado profundamente y ya soy otra; otra, por el latido que duplica el de mis venas; otra, por el aliento que se percibe entre mi aliento.

Mi vientre ya es noble como mi corazón... Y hasta encuentro en mi hálito una exhalación de flores: ¡todo por aquél que descansa en mis entrañas blandamente, como el rocío sobre las hierbas!

¿COMO SERA?

¿Cómo será? Yo he mirado largamente los pétalos de una rosa y los palpé con delectación porque querría esa suavidad para sus mejillas. Y he jugado en un enredo de zarzas, porque me gustarían sus cabellos así, oscuros y retorcidos. Pero no importa si es tostado, con ese rico color de las gredas rojas que aman los alfareros, y si sus cabellos lisos tienen la simplicidad de mi vida entera.

Miro las quiebras de las sierras cuando se van po-

blando de niebla y hago con la niebla una silueta de niña, de niña dulcísima: que pudiera ser eso también.

Pero, por sobre todo, yo quiero que mire con el dulzor que él tiene en la mirada, y que tenga el temblor leve de su voz, cuando me hable, pues en el que viene quiero amar a aquél que me besó profundamente.

SABIDURIA

Ahora sé para qué he recibido veinte veranos ia luz sobre mí y me ha sido dado cortar las flores por los campos. ¿Por qué, me decía en los días más bellos, este don maravilloso del sol cálido y de la hierba fresca?

Como al racimo azulado, me traspasó la luz para la dulzura que entregaría. Este que en el fondo de mí está haciéndose gota a gota de mis venas, éste era mi vino.

Para éste yo recé, por traspasar del nombre de Dios mi barro, con el que se haría. Y cuando leí un verso con pulsos trémulos, para él me quemó como una brasa la belleza, por que recoja de mi carne su ardor inextinguible.

LA DULZURA

Por el niño dormido que llevo, mi paso se ha vuelto sigiloso. Y es religioso todo mi corazón desde que va en mí el misterio.

Mi voz es suave, como por una sordina de amor, y es que temo despertarlo.

Como mis ojos busco ahora en los rostros el dolor de las entrañas, para que los demás miren y comprendan las causas de mi mejilla empalidecida.

Hurgo con miedo de ternura en las hierbas donde anidan codornices. Y voy por el campo silenciosa, cautelosamente, porque ahora creo que árboles y cosas tienen hijos dormidos sobre los que velan inclinados.

LA HERMANA

He visto a una mujer abriendo un surco. Sus caderas están henchidas, como las mías, por el amor, y hacia su faena curvada sobre el suelo.

He acariciado su cintura, la he traído conmigo. Beberá la leche espesa de mi mismo vaso y gozará de la sombra de mis corredores, puesto que va grávida de gravidez de amor. Y si mi seno no es generoso, mi hijo allegara al suyo, rico, sus labios.

EL RUEGO

¡Pero no! ¿Cómo Dios dejaría enjuta la yema de mi seno?, si Él mismo amplió mi cintura? Siento crecer mi pecho, subir como el agua en un ancho estanque, calladamente. Y su esponjadura echa sombra como de promesa sobre mi vientre.

¿Quién sería más pobre que yo en el valle si mi seno no se humedeciera?

Como los vasos que las mujeres ponen para recoger el rocío de la noche, pongo yo mis senos ante Dios; le doy un nombre nuevo, le llamo El Henchidor, y le pido para ellos el licor de la vida abundoso.

¡Todo el amor de mi corazón suba a enriquecer mi pecho, para aquel que llegará buscándolo con sed!

SENSITIVA

Ya no juego en las praderas y temo columpiarme con las mozas. Soy como la rama con frutos. Estoy débil, tan débil que el olor de las rosas me hizo desvanecer esta siesta, cuando bajé al jardín. Y un simple canto que viene en el viento o la gota de sangre que tiene la tarde en su último latido sobre el cielo, me turban, me anegan de dolor. De la sola mirada de mi dueño, si fuera dura para mí esta noche, podría morir.

EL DOLOR ETERNO

Palidezco si él sufre dentro de mí; dolorida voy de su presión recóndita, y podría morir a un solo movimiento de este que está en mí y a quien no puedo ver.

Pero no creáis que únicamente me traspasará y estará trezado en mis entrañas mientras lo guardo. Cuando vaya libre por los caminos, aunque esté lejos de mí, el viento que lo azote me rasgará las carnes y su grito pasará también por mi garganta, que por siempre mi llanto y mi sonrisa comienzan en tu rostro, hijo mío.

LA QUIETUD

Ya no puedo ir por los caminos: tengo el rubor de mi ancha cintura y de la ojera profunda de mis ojos. Pero traedme aquí, poned aquí a mi lado las macetas con flores, y tocad la cítara largamente. Quiero, para él, anegarme de hermosura.

Pongo rosas sobre mi vientre, digo sobre el que

duerme estrofas eternas. Recojo en el corredor horas tras horas el sol acre. Quiero destilar como la fruta, miel, pero hacia mis entrañas. Recibo en el rostro el viento de los pinares. La luz y los vientos coloreen y laven mi sangre. Para lavarla también yo no odio, no murmuro. ¡Amo, solamente amo! Que estoy tejiendo en este silencio, en esta quietud, un cuerpo, un milagroso cuerpo, con venas y rostro, y mirada y depurado corazón.

IMAGEN DE LA TIERRA

No había visto antes la verdadera imagen de la Tierra. La Tierra tiene la actitud de una mujer con un hijo en los brazos, con sus criaturas en los anchos brazos.

Voy conociendo el sentido maternal de todo. La montaña que me mira también es madre y por las tardes la neblina juega como un niño por sus hombros y sus rodillas.

Recuerdo ahora una quebrada del valle. Por su lecho profundo iba cantando una corriente que las breñas hacen todavía invisible. Yo soy como la quebrada; siento cantar en mi hondura este pequeño arroyo, y le he dado mi carne por breña hasta que suba hacia la luz.

PALABRAS AL ESPOSO

Esposo, no me estreches. Lo hiciste subir del fondo de mi ser como un lirio de agua. Déjame ser como un agua en reposo.

¡Amame, ámame ahora un poco más! Yo ¡tan pe-

queña! te duplicaré por los caminos; yo ¡tan pobre! te daré otros ojos, otros labios, con los cuales gozarás el mundo; yo ¡tan tierna! me hendiré como un ánfora por el amor, para que este vino de la vida se vierta de mí.

¡Perdóname! Estoy torpe al andar, torpe al servir tu copa; pero tú me henchiste así y me diste esta extrañeza con que me muevo entre las cosas.

Séme más que nunca dulce. No remuevas ansiamente mi sangre; no agites mi aliento.

¡Ahora soy sólo un velo; todo mi cuerpo es solamente un velo bajo el cual hay un niño dormido!

LA MADRE

Vino mi madre a verme; estuvo sentada aquí a mi lado, y, por primera vez en nuestra vida, fuimos dos hermanas que hablaron del tremendo trance.

Palpó con temblor mi vientre y descubrió delicadamente mi pecho. Y al contacto de sus manos me pareció que se entreabrían con suavidad de hojas mis entrañas y que a mi seno subía la onda láctea.

Enrojecida, llena de confusión le hablé de mis dolores y del miedo de mi carne; caí sobre su pecho; ¡y volví a ser de nuevo una niña pequeña que sollozó en sus brazos del terror de la vida!

EL AMANECER

Toda la noche he padecido, toda la noche se ha estremecido mi carne por entregar su don. Hay el sudor de la muerte sobre mis sienes; pero no es la muerte, ¡es la vida!

Y te llamo ahora Dulzura Infinita a ti, Señor, para que lo desprendas blandamente de la red de mis vísceras.

Nazca ya y mi grito de dolor suba en el amanecer, trezado con el canto de los pájaros.

LA SAGRADA LEY

Dicen que la vida ha menguado en mi cuerpo, que mis venas se vertieron como los lagares; mas yo sólo siento el alivio del pecho después de un gran suspiro.

—¿Quién soy yo, me digo, para tener un hijo en mis rodillas?

Y yo misma me respondo:

—Una que amó, y cuyo amor pidió, al recibir el beso, la eternidad.

Me mire la Tierra con este hijo en los brazos y me bendiga y me bendiga, pues ya estoy fecunda y sagrada, como las palmas y como los surcos.

Gabriela Mistral.
